

Henrique
González
Casanova

La lengua asesinada

A Luis Reyes García y Marcelo Díaz de Salas,
desconocidos míos, por lo que, generosos, dan a conocer.

Aquellos conquistadores, envidiosos y hambrientos, no entendieron la lengua del pueblo vencido. Frenéticos, ante el mutismo persistente de los aborígenes, amenazaron, golpearon, asesinaron; pero siguieron sin entender la lengua del vencido obstinado. Sólo imponían el llanto, el rencor, el ruido. Persuasivos y dulces, benévolos y amantes, otros hombres sucedieron a los conquistadores en su afán de aprender la lengua vernácula. Fue inútil. Los vencidos —estoicos impasibles— siguieron hablando su lengua, sin responder al conquistador ni al misionero. Entonces ocurrió lo imprevisto. Con el tiempo, los conquistadores, los colonos, empezaron a entender a su manera la lengua aborígen. Le dieron significados distintos de los que tenía en su uso habitual. Al pan, no se le dijo pan; se le dijo lluvia, porque la palabra pan sonaba en la palabra indígena a lluvia en el oído del colono. Así, los conquistadores conservan su idioma, su sintaxis, sus palabras, pero descubrieron un día que tenían otro significado. Entonces sintieron las palabras vacías, perdidas y poco a poco, se extinguieron, se apagaron, como una voz, en el silencio.
